

*Aquí brilla,
es extraño,
la luz de nuevo*

*Aquí brilla,
es extraño,
la luz de nuevo*

Juan Felipe Robledo

*Selección de
Catalina González Restrepo*

ediciones
san librario

Serie Sin Carátula

Primera edición en «Ediciones San Librario»

Colombia, 2009

© Juan Felipe Robledo

© Ediciones San Librario

Calle 70 12-48, Bogotá, Colombia, www.sanlibrario.com

ISBN 978-958-98589-9-8

Edición: Álvaro Castillo Granada

Concepto Gráfico: Jaime Sepúlveda F.

Producción, Diseño e Ilustración de cubierta: Leonardo Orozco,
leonorozco@gmail.com

Impresión: Auros Copias

Hecho en Colombia

Prólogo

La poesía de Juan Felipe Robledo siempre nos hará preguntarnos sobre la luz y la sombra, el día y la noche. Desde su primer libro, *De mañana*, encontramos la presencia del alba, cuando el día comienza y «el sol brilla», el encanto de las «mañanas sin prisa» en las que tal vez estamos más vivos, cierto resplandor que inunda todo, pero sin olvidar el «oscuro silencio», la niebla de la soledad, las tardes de los amigos, la alta noche.

La música de las horas reflexiona sobre el tiempo y sus sonidos, «la prosa de los días», los momentos perdidos, el lugar de la palabra y la memoria y, por supuesto, el olvido, la muerte y el deseo. A veces la luz puede ser tan fuerte como la oscuridad, en un «insomnio diurno». Juan Felipe nació en primavera y quizá por eso siempre busca lo luminoso; a pesar de que es consciente de la negrura, no se regocija en el dolor, pues «la claridad merece ser luchada», como afirma en el poema «Aquí brilla, es extraño, la luz de nuevo».

En *Dibujando un mapa en la noche*, antología que recoge poemas de sus dos libros publicados y otros inéditos, Juan Felipe recalca en la noche, sin dejar de lado la luz, las estrellas, el día. Da una mirada vertical, del cielo a la tierra, indagando en las conexiones entre arriba (del latín *a la orilla*) y abajo. Por ejemplo, las nubes que «formaron cabezas de caballos» y «siguieron un camino trazado mucho antes». O «el día es de los navegantes que el cielo respetan», en una visión clásica, pero no olvidemos que «la vida es también esta cantina sosa que no arde». Y, aunque no lo sepamos, el alma siempre nos sostiene, nos persigue «como un perrito, como un ladrón novato», nos ayuda «a cruzar la noche», como describe el poema «Donde se usa la palabra alma».

La música, la pintura, el danzar, las muchachas, son obsesiones de este poeta que busca gozar de la vida sin límites, aceptando los excesos, con un ánimo expansivo que recorre los seres de todos los reinos: las piedras y el agua, los robles, alerces y

pinos, las nomeolvides y los anturios, el jazmín, la pulga y la paloma, el oso y los salmones, ballenas, halcones, ardillas, el cerdo y las luciérnagas, sirenas y centauros. Nombra y disfruta los placeres del mundo; a veces incluso de modo escatológico, como el que «se ha retirado a comer cáscaras de papa cruda», el que «ha cortado hígados y páncreas sobre la mesa del cocinero», los líquidos de los animales revolviéndose o la palabra que está «esperando para entrar en el baño».

La lección de la poesía de Juan Felipe Robledo es la de un espíritu generoso. En «Marina Tsvietáieva habla con la noche» el poeta sueña con darle un beso en la frente «que todo lo borre», en «Deseos para los caminantes» pide para ellos «un crepúsculo sin remordimientos» y en «Tarde azul con Manuel Bandeira» repite en voz baja: «si pudiera darte *las más puras alegrías de tu infancia*».

CATALINA GONZÁLEZ RESTREPO
Abril de 2009

DE *DE MAÑANA*
(2000)

El habla

*Luchamos por hacer brotar del oscuro silencio
un momento distinto
en el que los árboles nos recuerden el hogar
y en paz estemos con los hombres.
Nos atrevemos a este himno,
sabiendo que en el alado mañana
hay una sonrisa que nos espera
y una confesión que brilla entre los nombres
y también en los verbos.
Aguardamos concluir el canto que jamás termina
para no tener que cruzar el Leteo
y saber que, en albo tiempo,
luego de las tardes,
habrá sosegada dicha y abrazos y amor comentado.*

El que amó no ama más

*Cómo amaina en los abismos del tiempo el corazón
y se pierde en el extraño abrazo que lo acuna.*

YORGOS SEFERIS

*Se va yendo, no hay un momento detenido en su
fuga,
sólo se deja llevar por sí mismo, muerto peso
que un día fue la felicidad
y al dejarse llevar es hoy lucero de un día
neblinoso.*

*Debajo de él hay pasto que no brillará.
Debajo de sus zapatos un poco de basura.*

El que amó no ama más.

*El tiempo calla, tiene la sonrisa amarga del
triunfo y el silencio habita las galerías.
Allí no hay juglares, las damas se fueron hace rato.*

Todos viven encallados en la memoria de los topos.

*Es una lástima, oscuro amigo que llegaste hace
dos tardes.*

*Y el día brilla,
el día y sus aleros
que no se resignan
a ser burlados
por la luz del conocimiento.*

*Este es un día de playa,
un día para olvidar.*

Jueves

*El alcohol que abre las puertas de tardos reinos
gotea del bolso de una muchacha.*

*Al caminar en alta noche la ciudad se hace
idéntica al vestíbulo de algún Hades
ya abolido.*

*El exterior golpeteo, las manos en los hombros,
mentira de los que no conocen oscuro
centro.*

*Y sigue la música deteniéndose en el centro
de la pista.*

Palabras para cuando vuelvan mis cinco años

*¿Y acaso Dios no sale de los hospedajes
con una mirada triste en la boca?*

JUAN GELMAN

*Y la flor que es roja se hace blanca, se deslíe,
se deja llevar por la corriente hasta el mar,
y la corriente es el tiempo,
mejor que el tiempo su rumor,
pues todo está escondido en el centro del bosque
cuando preguntamos por los montes,
y las cumbres son cercanas si dejamos de soñar
con ellas,
nos dejamos mecer por el viento con los álamos
del río,
y quedamos en pasar el rato con imágenes
de un circo en quiebra,
nos elevamos sobre nuestra propia sombra
y nos dejamos caer como guijarros,
rumorosos son los guijarros cuando el mundo
es nuevo,
sin dobleces ni intenciones de alcanfor.*

*Como cantar bajo la ducha por los amigos
y dejar pasar el rato es entonces la vida
y hay lucernarias quebradas iluminándonos
a cuadros,
brillo en nuestros corazones
y en las solapas de los vestidos, pero
el jazmín no brilla
en nuestro pecho.*

*Es entonces buena la tarde
y bueno dejarse llevar por los acentos,
concertante ritmo que dice verdades pequeñas
en el estanque de los cinco años.*

DE *LA MÚSICA DE LAS HORAS*
(2002)

Aguardando la muerte

*Ha vivido sin dirección por años,
sólo lo impulsa el extraño deseo
que todo lo transforma y lo confunde.
El tiempo en el que está, en el que ha sido,
ese privilegiado hogar para asesinos,
lo envuelve de miseria, espantos, duelos.
A su lado otros cercados corazones
pasean sin dejarle otra cosa
que un desesperanzado toque de color
o una voz disuelta en la alharaca de otras voces,
o un dibujo en una servilleta caída,
o un cuchillo lleno de muescas
(sucio e inservible) o una estampilla
para una carta que nunca se escribió.*

*Ha vivido sin dirección por años,
no ha detenido nunca la marcha,
trastabillando a cada paso,
pervirtiendo la íntima historia
con balbucos de borracho
y excusas tontas y alegrías nimias.
Correr en la brisa parece su sino
pero la brisa se detiene ahora
en sus cabellos, recordándole
la corta estancia bajo el cielo,
los plazos y el ímpetu perdidos.
No halla grandeza en el fin,
sólo desdicha y oscura caída.
Hay miedo en sus pupilas,
se le traban en la garganta sollozos
y sabe que, en verdad, es un cobarde.
¿Por qué nadie le dio el óbolo,
la moneda de plata para el cansado barquero,
el valor de cruzar sin volver la mirada?*

La mano que te salva

*Sentir el agua golpeando la espalda,
advertir que la vida se nos va en este suave
golpeteo,
que es mucho mejor sentir el chasquido
de la manzana en la boca,
su increíble cercanía, su tardo acercarse,
pues ni la biblioteca de Alejandría
o los papiros del viejo Aristarco
serán mejor medicina que la presión de una mano,
el vislumbre de la alegría en esos ojos,
la morosa delectación con que una frase
se extiende hasta el infinito.
No hay dicha más definitiva en este gastado mundo
sublunar
que el mágico arpegio de unos dedos,
esa compartida manera de evadirse.
Decir con Lezama:
«Ah, que tú escapes en el instante
en el que ya habías alcanzado tu definición mejor»,
no nos librerá del temblor que nos sube
por la garganta
cuando recordamos su dichosa manera de estar allí
como lo están la música o el sabor de una fruta
o el juguete que en celebrado día nos dieron
y no habíamos visto en manos de niño alguno.
Ahora, soñar con la lejana, invencible, sagrada
Moscú,
no nos hará olvidar el sitio en el cual deseamos
aquello que da fuego a la existencia.*

Insomnio diurno

*Nos despertamos en medio del día
por un momento infinito que dura tres minutos
y el ocio o el descuido o el desgano
nos hace pasear los pensamientos
(unos tardos y calmos pensamientos)
por ese largo corredor que nos devuelve
el sonido de nuestros propios pasos.
Vienen los recuerdos a habitarnos
desde lejanas torrenteras,
vienen esos cansados,
lejanos dueños de sí mismos,
a recordarnos quiénes somos.
Nos llevamos las manos al pecho
y como quien empapa el corazón
en un frasco de nostalgia
recorremos el techo de los días pasados
en busca de un pequeño agujero,
de una celosía para contemplar
el abierto cielo de la niñez
(el claro del bosque donde la dicha apareció).*

*Entonces volvemos los ojos allí
donde fue cierto un rostro
y detenemos las abstracciones
y respiramos sin prisa
y convocamos un beso,
sólo uno,
un amoroso latido
que se queda y dura.*

*Aquí brilla, es extraño, la luz
de nuevo*

*No podemos dejar pasar la oscuridad,
no hay motivo para dejarnos agarrotar por ella,
porque la claridad merece ser luchada,
no hay tiempo en el cual no podamos ver
el brillo del sol sobre la mesa,
fuerza tierna que nos cede la existencia.
En un mortero podemos dar vuelta al corazón
y conseguir que haya dicha completa,
un ir hacia adelante,
un paso alterno que no pide permiso en la tarde
y el cual se inicia en el recuerdo de plácidas horas
cuando nos acariciaban la cabeza,
cuando nos querían bien.*

Adiós a un día

¡Cuán terrible es el mundo! Hay parejas que lloran y se besan en los cafés y no encuentran grandeza alguna en estas instantáneas que han nacido para el olvido. Todo es tan absurdamente real, verosímil y ajustado a los rieles del devenir que da vergüenza. Hace falta algo de irresponsable entrega al reino de las sábanas cansadas para entender cuán importante es conservar el alma fuera de este sumidero.

El día brillante, en el cual hubo animales mirando por la ventana el despertar de la lluvia, el día de los libros acariciados y la galleta deshaciéndose, el día tardío del corazón llega a su fin, prepara su muerte sin tristeza, se dobla sobre sí y mira el suelo. Nosotros lo recordamos horas después de su partida, con una atenta mano sobre su lomo estirado en la distancia, y nos sentimos tranquilos, seguros, alumbrados por la confianza de siempre.

Un tiempo que no avanza, el crecimiento alerta de los nódulos linfáticos no son excusa suficiente para dar por acabada la memoria que nos rodea. La música puede seguir brillando, despertando, amando a aquellos que con humildad la oyen. Los rumorosos robles, los alerces, el canto del viento son compañía suficiente para dejar que se vaya el día. El tiempo nace de la inveterada costumbre de no desear con suficiente fuerza.

Palabra que no dice

*No dice la palabra,
no dice como lo hace quien dice:
«No tengo dinero, no hay para una limosna»,
la callada palabra no dice hoy: «Me debes»,
y que no diga es una bendición.*

*La palabra no dice, no canta en el centro del plató,
la palabra está sola, limpia su cara y se atusa
el bigote,
está ahí, gordita, esperando para entrar en el baño.*

*La palabra salterio, la fantasiosa, la inteligente
y estentórea,
no nos ha concedido una cita, no se muestra
para nosotros.
Adormilados, acariciamos sin ganas la palabra
cotidiana
y ésta sí nos cobija, cómo nos quiere
sin que lo notemos.*

*La palabra cocina un potaje de amor
y es mamá regresando de comprar pastelitos
para su amado perro negro,
nuestra ropa dejada a merced de la espuma
en un platón con agua,
el tenedor que se enredó en las sábanas,
la mancha asimilada a un rostro en la ventana.*

*Ésta, la palabra que no exorna un yelmo
y es aceite turbio en el mesón de la cocina
y telaraña en el descansillo de una escalera
y trepidación de un insecto en medio de la noche,
esa llave que nada abre y conservamos
por si acaso
es, ahora, la palabra.*

*(Pequeña camarada que aprende con nosotros
a contar el tiempo,
a dividirlo y multiplicarlo y sumarlo y restarlo
de lo que nos queda).*

Caffé Rovi

*No hay halcones atravesando el cielo.
No hay fanfarrias en la calle vacía.*

*Somos pedazos de piel brillando sobre la pradera,
somos recetas sin la información precisa,
y las señoras que van a comprar lo del almuerzo
saben mucho mejor que nosotros
qué es lo importante.*

*Estamos callados, sumisos, sin prisas,
cerca del corazón nos acompaña la estilográfica,
tarareadora, y desciende y escuece entre las manos
con una velocidad de luceros que se apagan
en abril
(Cesare Pavese despidiéndose para siempre
jamás de un mundo
en el que nunca estuvo del todo).*

*El dueño de sí, el que calcula cifras en una
oficina refrigerada en agosto,
el jérarca, el adalid de una causa de mierda,
el señor de relojes locuaces, atentos,
no nos daría la bendición,
no es nuestro aval.*

*Es bueno que sea así,
es maravilloso que el tiempo se deslice por lo bajo,
es una alegría estar aquí y que el agua nos haga
falta
y que la suciedad nos aceche,
para recordarnos que el corazón es de todos,
bullicioso niño inconstante sobre el prado
que vislumbramos
más allá de la estancia tapiada de los ogros,
esa que podemos echar abajo abrazados,
jubilosos,
sin dudar.*

Luz en la tarde

Para Álvaro, mi hermano.

*Por la imagen que para ti no tuve,
por esa manía vieja de querer un tiempo sin olvido,
me siento en esta mesa
e invento atardeceres de violencia
y rumores lejanos de otro día
(mi mamá llamándome a almorzar cuando Matías
Sandorf dejaba el puerto).
Salgo a dar una vuelta de amigos por el parque
y estoy tranquilo con el destino que me ha sido
dado.
Miro más allá de la ventana y soy alegre y digno
y estoy pleno de mí mismo
al recordar a Leonardo
pintando cabritos cerca del Arno.*

Como esperando abril

*Sumergido en el tiempo, olvidado
de todo lo que fuera
la terrible discordia entre el hambre y la saciedad,
el hombre se acodó en la barra.
Ya no lloraba.
Había descubierto el poder
de la distante belleza, la que se detiene y no gira.
Y aquello que era disminución
se hacía retorno,
espera jubilosa de otro abril, completo, rotundo,
sin temores.*

Muchacha del baño público

*Seguramente no veré con estos ojos mortales
la historia de esta muchacha que imagino clara
y afectuosa.*

*Seguramente sonreirá con descaro
y tocará las espaldas de los que esperan frente
a la estación.*

*Habría deseado contemplar
su lento detenerse en callejuelas
y la forma como se prende de la solapa
de un marino.*

*Nada de esto conoceré, no podré disfrutar
un estofado de pescado junto a ella
contemplando el undoso río.*

*Sin embargo, parece que la conozco de siempre
cuando imagino esta tarde el regreso a casa
(deteniéndome por dulces y pan y miel)
para intentar convocar su cuerpo, su presencia
de bailarina a destiempo,
de amiga entre abrojos.*

Despedida

*Esperaba encontrarte un día, pálida estatua,
Viva, con un relámpago de estío en los cabellos.*

FERNANDO CHARRY LARA

*El encuentro no ha sido plaza de luz en los días
de mustio algodón de mis treinta años.
No hubo pájaros que celebraran tu sonrisa
ni un lazo de clemátides que te enlazara el cuello.
No hay luceros brillando en el cielo de abril.
Lejanos jinetes no conocen la espesura de tu dicha.
En la noche hay un acorde que podría ser la
felicidad y es sólo un postergado gesto de
los días de sol y las rotundas negativas.
Recuerdo la ciudad callada, la arena que hace
difícil caminar.
Tú eras la rosa, el sol, el lirio y la paloma,
y hoy tan sólo un recuerdo turbio de tus manos
me deja, atontado,
entrever los tiempos de la parda muerte
que tu mirada anunció.*

De *DIBUJANDO UN MAPA EN LA NOCHE*
(2008)

Juerga absuelta

*No están en el mar del olvido
y el añorado amor no ha aparecido.
Es la codicia del abúlico la que preside la barra,
peroratas cansadas acompañaron estos ratos
muertos,
confundidos en un diciembre de ruido y alcancías
rotas.*

*Para almas que se han perfeccionado en el desquite,
hoy brilla, brilla su anhelo como frase que por mucho
tiempo nos ha alegrado,
«perdóname, Aristóteles, perdóname»,
vodka en catarata en los ojos del vecino,
arenga tarda de los huertos que ayuda a cruzar
pantano y arenisca.*

*Los viernes en la noche no han sido bendecidos,
son pasta sin salsa, aburrido sonsonete
del sacerdote sin estola.
Perdonémonos juerguistas, la vida es también
esta cantina sosa que no arde.*

Donde se usa la palabra alma

*Alma era la palabra que se usaba,
y no creo que haya una mejor para hablar de esa
fuerza discreta,
columna dorada que creíamos perder de vista
al término de un domingo gris,
y que era hojas volando sobre nuestras cabezas,
un poso de vino no muy turbio,
un verso que regresaba para irse segundos
después,
y era la alegría que no se agota sino que puede
volver, cuando no la esperamos.*

*Eran las pruebas de un tiempo deslucido
las que soportaba el alma,
el dique parecía ceder, y nunca se desmoronaba,
jamás lo hizo.
No había arpilleras que corrieran de un árbol a otro,
las tablas del puente, desgastadas, estaban
manchadas y mohosas.
El tono era desesperado, el amor de las muchachas
imposible,
los poemas apenas un montón de palabras
yéndose de las manos,
y el alma continuaba sosteniéndonos,
no lo sabíamos.*

*Las palmeras deshilachadas del frío acogían
a gatos callejeros que corrían
desesperados,
huyendo de los perros iracundos,
los días nos dejaban con un sabor terroso
en la boca,
todo parecía un poco triste, muy lejano,
pero ese cosquilleo que siempre nos advirtió
de otra noche, otra mañana,
no nos abandonó.*

*Los corazones se lanzaron a campañas
desgraciadas, condenadas al fracaso,
el tiempo era denso, asfixiante.*

*Había un rostro hermoso en la cabecera
de la cama,
muchacha de oro y sonrisa grata que no se decidió
—a pesar de nuestra desesperación—
a besarnos en el sueño,
la cerveza espumaba, volvíamos a subir la cuesta
del olvido cada viernes,
y mañanábamos angustia.
El alma, terca y distraída, no se fue de viaje.*

*Vimos botellas flotando en el agua sucia
que recorría los baños de innumerables
barrios,
ilusiones devastadas, dureza en las pupilas,
no podía ser más confusa la vida, más
incompleta, más torcida,
pero el alma, rumorosa, nos siguió con amor,
como un perrito, como un ladrón
novato,
nos ayudó a cruzar la noche, la del viento
que quema los dedos, las mejillas,
y dejó que el trigo cayendo en el silo hiciera
música para nuestro sorprendido
corazón,
amiga atenta, enramada del anhelo, soñado
reposo que llegó después de las horas,
y nos enseñó a besar cuando la luz se había ido
y sólo quedamos ella y yo, en silencio.*

Danzar no tan lejano

*¿Qué se hizo aquel danzar,
aquellas ropas chapadas
que traían?*

JORGE MANRIQUE

*El que miraba los giros,
el que estaba sorprendido,
deseando tocar los hombros de la bailarina,
el atento y ruidoso,
el acezante,
no sabe dónde se ha ido la luz,
y sus ojos se llenan de barro, doloridos,
son un pantano habitado por míseros
sapos sin destino,
el que imaginaba a madame de Sevigné
se ha retirado a comer cáscaras
de papa cruda
y alguien ha cortado hígados y páncreas
sobre la mesa del cocinero.*

*Pero, amigos, para los que lo recordaban tan
quejoso él anima la tarde con sus paseos
demorados por el corredor callado,
él hace una pequeña fiesta a la que están
invitados los valientes,
los que saben que la bailarina no está y,
sin embargo, cantan los giros de la sierpe
y se elevan sobre el propio deseo y le escupen
en la cara
y besan, besan sin violencia,
por fin entran a su alma, yacimiento de petróleo,
sedimento,
un pozo de animales bullentes y plantas vibrantes
que son dicha, son cariñosa cercanía en el día
del voluntario cerco,
son la serena alegría del que no busca, de nuevo,
otra bailarina,
para que gire y sude y acicale la noche,
pues la que vive en el terco corazón del oficiante
hace rato aguarda otro abrazo, leve, susurrante,
en la caverna oscura del destino.*

*Marina Tsvietáieva habla
con la noche*

*Cuando brille la coraza plateada
a la sangre de mi hoguera,*

*cuando brille esa coraza pura, luminosa,
cuando brille sin amor bajo la luna.*

*Cuando brille la lejana, la encantada,
y la linfa blanca corra por las manos.*

*En la noche de los búhos, los murmullos,
cuando la zorra se pasee por la era,*

*cuando al campo lo visite la menuda lluvia,
la que no ha conocido sosiego desde el inicio.*

*Y en el campo nos arrastremos como heridos
por el rayo
y el recuerdo de este tiempo de astromelias
nos golpee.*

*En ese tiempo que no hemos elegido, sin deseos,
se eleve sobre un puente la horca del condenado.*

*Te daré un beso en la frente, uno que todo lo borre,
una bendición que te llene y sea dicha sin prisa,
amorcito.*

Deseos para los caminantes

*Márcalos, márcalos,
en los días rubios que no quieren terminar,
en los sueños que no fueron iluminados por junio,
a los dueños de los números y las centellas
 márcalos en la frente,
mientras balancean sus manos con torpeza y no se
 atreven a decir nada en la tarde blanca
 de la inanidad.*

*Que esa marca sea una tortura y un llamado,
permitiendo que las tiernas palabras que les
 dieron fuerza no sean en vano,
haz que sus noches conozcan la desesperación,
y que sus manos acaricien el rostro de muchachas
 querendonas.*

*No olvides que hay desidia en sus actos,
que la lujuria los lleva a corredores oscuros,
y que las cáscaras de limón que mordieron
 con brutalidad todavía están tiradas
 en la tierra de un jardín fragante.*

*Perdona sus yerros de tontarrones útiles,
excúsalos por balbucear al salir de casa,
no los dejes caer en la sucia envidia,
y regálales un crepúsculo sin remordimientos.*

Tarde azul con Manuel Bandeira

A Catalina González

*Si pudiera darte las más puras alegrías de tu infancia,
esa porción intocada,
en que las palabras brillaban y caían de los labios
como frutos del árbol,
y el limonero era el refugio de tus juegos,
y cantar era cantar sin prisa,
y tus días conocían una alegría sin grietas,
el buen compañero caminando a tu lado mucho
tiempo después de haber abandonado
el bosque,
si no hubiera burladeros para esconder el afecto
y mi alegría fuera una alegría que te acompañara
en el sueño, en el rotundo silencio,
si los corazones se pasearan en un jardín fragante,
y amáramos estar vivos como cachorros
acariciados por el sol,
todo podría volver a existir, el tiempo se desovillaría
y sabríamos volver a vivir sin lentas excusas
en la torrentera,
los mendrugos de pan nos conducirían a una casa
de chocolate y jengibre donde no hubiera
malvadas damas,
y no mi deseo sino mi ternura sería el anillo que
colgaría en tu cuello,
un anillo leve y pequeño,
en la tarde azul de un dulce lunes de septiembre.*

Índice

Prólogo / 5

DE DE MAÑANA (2000) / 7

El habla / 9

El que amó no ama más / 10

Un vacacionista comenta... / 11

Lunes / 13

Jueves / 14

Palabras para cuando vuelvan... / 15

DE LA MÚSICA DE LAS HORAS (2002) / 17

Aguardando la muerte / 19

La mano que te salva / 20

Insomnio diurno / 21

Aquí brilla, es extraño, la luz de nuevo / 22

Adiós a un día / 23

Palabra que no dice / 24

Caffé Rovi / 25

Luz en la tarde / 26

Como esperando abril / 27

Muchacha del baño público / 28

Despedida / 29

DE DIBUJANDO UN MAPA EN LA NOCHE (2008) / 31

Nubes / 33

Juerga absuelta / 34

Donde se usa la palabra alma / 35

Danzar no tan lejano / 37

Marina Tsvietáieva habla con la noche / 38

Deseos para los caminantes / 39

Tarde azul con Manuel Bandeira / 40



Juan Felipe Robledo

(Medellín, 1968)

Estudió la carrera y la maestría de Literatura en la Universidad Javeriana de Bogotá, donde es profesor. Ha publicado antologías de la obra poética de Francisco de Quevedo, Luis de Góngora, del Romancero español y Rubén Darío, así como prólogos a las obras de autores españoles y colombianos y reseñas y artículos sobre poesía y narrativa. Ganó el premio internacional de poesía «Jaime Sabines» en 1999, concedido por el Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Chiapas, en México, con el libro *De mañana*, publicado en 2000 y reeditado por Planeta en Colombia en 2003. Obtuvo el premio nacional de poesía del Ministerio de Cultura de Colombia en 2001 con el libro *La música de las horas*, publicado en 2002. Han aparecido cuatro antologías de su poesía: *Nos debemos al alba* (Golpe de Dados, 2002); *Calma después de la tormenta* (Colección Viernes de Poesía, Universidad Nacional de Colombia, 2002); *Luz en lo alto* (Universidad Externado de Colombia, 2006) y *Dibujando un mapa en la noche* (Ediciones Igitur, España, 2008).

Nº

*Ediciones San Librario
ha publicado*

Serie SIN CARÁTULA

Recordándole a Carroll, Álvaro Rodríguez Torres
Bag Bag (selección), Nicolás Suescún
Pequeñas mujeres en prosa, Francia Elena Goenaga
Hospedaje de paso, Federico Díaz-Granados
Remember "Spoon River", Mario Rivero
Mis amigos, Camilo Delgado
Luz en la agonía del pez, Arturo Alape
Sesgo de claveles, Carlos Enrique Ruíz
Poemas para una fosa común, Ramón Cote Baraibar
La boca del cielo, Paula Klee
Tan solo un decir, Margarita Escobar de Andreis
Este realmente no es el momento, Nicolás Suescún
Libro de viaje, Patricia Iriarte
Las flores existen, León Gabriel Correa Goenaga
Como en tierra salvaje, un vaso griego, Elkin Restrepo
Habanera, Guillermo Alberto Arévalo

Serie SIN AUSENCIA

¿Y Fernández y otros poemas?, Roberto Fernández
Retamar (Selección de Álvaro Castillo Granada)
Rostro en la soledad, Héctor Rojas Herazo
Colombia ausente, José Luis Díaz-Granados
Nada más que la vida, Edgar Plata
Un verde pensar bajo una sombra verde, Andrew Marvell
(Traducción de Nicolás Suescún)
Relato del peregrino, Roberto Rubiano Vargas
Arte del eremita y otros poemas, Antón Arrufat (Selección
de Álvaro Castillo Granada)
El muro blanco, Rubén Artiles Egües
Transparencias, Rosa Lentini
La aguja con que hilvano estos poemas, Marilyn Bobes
(Selección de Álvaro Castillo Granada)
El esclavo y la palabra, Rebeca Murga
Como una sucesión de azares y otros poemas de amor,
Miguel Barnet (Selección de Álvaro Castillo Granada)
El reino del abuelo, Fefé de Diego
Con cierta elegancia, Albem Fuentes
Dolly y otros cuentos africanos, Laidi Fernández de Juan

Serie SIN CUENTO

Ocaso en el trópico, Eligio García Márquez

Serie SIN OTROS

Nociones del vigía, Carlos Enrique Ruíz
Los nombres de la ausencia, Maruja Vieira
Poesía y esperanza: Giovanni Quessep, Rosa María Londoño

